

EUGENIO VICUÑA

EUGENIO ORREGO VICUÑA

EN TORNO A PASCAL

EDICIONES ATENEA
Universidad de Concepción (Chile)

EUGENIO ORREGO VICUÑA

EN TORNO A PASCAL

Conferencia dictada en la Universidad de
Concepción el 14 de Noviembre de 1939.

EDICIONES ATENEA
Universidad de Concepción (Chile)

A don ENRIQUE MOLINA

I

Con los *Pensamientos* de Pascal entre las manos, meditaba una tarde de este monótono invierno que aun nos llueve su tedio. Meditaba sobre la soledad del hombre de pensamiento y acerca de la buena y piadosa amistad de los libros.

Dice el vulgo, y no sin razón, que los mejores amigos son los libros; bien que acontece con esto lo que a la mayoría de los buenos consejos: se aprecia su valor pero no se les sigue. El buen libro, que es el verdadero amigo en este caso, no llena los ocios de las gentes satisfechas, ni acompaña a los felices, ni menos a los esclavos de la diaria conquista del pan. Los tristes y los desencantados buscan su refugio y descubren, tarde a menudo, la trascendencia íntima de su comercio y la fortaleza y consuelo que lleva su trato aparejados. Son amigos discretos, que sólo acuden cuando se les llama, que hablan con una voz que es un poco nuestra propia voz, y se explayan en un monólogo cuya duración gradúa nuestro gusto o nuestro momentáneo coincidir; porque ocurre también con este género de amistades lo que con las demás suele: cultivamos su trato en la medida de nuestra coincidencia, espiritual, social, sensual...

La amistad de los libros se subordina a nuestra capacidad y rara vez—como en la vida misma—buscamos o aceptamos aquello que realmente nos conviene, sino aquello que nosotros suponemos que nos conviene, porque halaga nuestras pasiones y estimula un poco nuestra esperanza. De tantos amigos en aban-

donde comprendemos el valor de la amistad no cultivada, el valor y la influencia que en nosotros pudo tener, cuando ya todo contacto es imposible; y cuantos libros golpean nuestra sensibilidad cuando su experiencia sólo puede servir de explicación a nuestro propio fracaso... Es una de las constataciones trágicas de la vida el continuo desencuentro con los hombres y con los libros, vale decir con la materia y el espíritu, con nuestra realización humana y su estímulo y dirección espiritual.

Buscamos en la amistad de los libros, primero el agrado y después la enseñanza, a menudo la explicación de nuestras inquietudes y problemas, de nuestra angustia interior, de las dudas nunca satisfechas a fondo; pero rara vez el conocimiento en la única forma en que debe buscarse: con sencillez, con humildad, libertándonos previamente de nuestras cadenas intelectuales, esto es, de prejuicios, de ideas dominantes, de dogmatismos... Por eso los hombres cultivan muy poco el trato de los filósofos y huyen con miedo la vecindad del genio.

Es natural, por otra parte, porque el trato del genio es duro y casi siempre amargo, como la verdad que buscan y la expresión de la experiencia adquirida. El genio es disonancia, ruptura de equilibrio, explosión de fuerzas que rebasan los niveles del entendimiento común. Su voz llega a las masas tarde, cuando llega, o muy difícilmente, a través de intermediarios no siempre fieles. Su experiencia íntima es accesible a unos pocos privilegiados; sólo lo material de su obra, si se traduce en efectos políticos o sociales trascendentes, llega al hombre de la calle, que admira y hasta elogia sin comprender.

De ahí la soledad del hombre de genio, descrita con tanto patetismo por Vigni cuando nos pinta la tristeza abismal de *Moisés*, que en vano ha buscado el amor de su pueblo... La soledad responde, la amarga soledad de quienes deben vivir del estímulo de su pensamiento. Para esa soledad trágica, de que tan pocos han logrado escapar, traduciendo en cordialidad humana, en apostolado, su fuerza interior, encontraron refugio en el mis-

ticismo religioso algunos ejemplares en quienes el fuego interior se encauzó por los caminos de la fe. Y este es el caso de Pascal.

Genio potente y extraño el suyo. Tuvo notables intuiciones de cientista, el rigor de una lógica profunda, la soberana fuerza del razonamiento conquistador, la incisiva y sutil penetración de su alma crítica, la gracia de un arte perfecto, pues que con él comienza, según decía Voltaire, la fijación de la lengua francesa. Y a todo esto unía la vibración pasional que en pocos espíritus ha sido más honda, el don místico, el mortificador afán de la verdad, la inquietud de los buscadores, el ardor de los apóstoles; la perfecta humildad, casi tan perfecta como en el pobre de Asís; la pureza y la caridad extremadas en un sentido evangélico, caridad y pureza que llegaron a lo santo, y más allá. «Es un niño, decía el Padre Burrier, que le asistió en los últimos días; es humilde y sumiso como un niño».

II

Detengámonos un poco en el panorama conmovedor de su vida y en la grandeza de su obra. Así el anterior juicio cesará de parecer una apología.

Nació en Clermont Ferrand, el 19 de julio de 1623, en el hogar de un distinguido funcionario que tenía a su cargo la presidencia de la Administración de Hacienda de aquel departamento y fué consejero de Estado e intendente de la provincia de Normandía. Era Esteban Pascal hombre de ciencia de fuertes disciplinas matemáticas, y su mujer, Antonieta Begond, se destacaba en bondad humana y en feminidad. Estos datos explican en cierto modo algunas de las características del genio pascaliano, y a ellos han de añadirse las amistades de aquel hogar: en él o en casa del Padre Marsenne, se reunían Descartes, Gassendi, Roberval, Bachet, Fermat, La Pailleur, Desargues y Hardy, entre otros sabios que habrían de concurrir, con los años, a la

fundación de la Real Academia de las Ciencias. En ese medio, con tal herencia y entre tales hombres, floreció Blas Pascal.

Su padre, que quiso ser el maestro de las primeras doctrinas y enseñanzas, y fué en verdad el único que realmente tuvo, se esmeró en ocultarle el conocimiento de las matemáticas para que conociese previamente las lenguas muertas, griego y latín. Viudo, cuando el chico contaba tres años, vendió sus tierras, trasladando el domicilio a París, con los hijos que le quedaron: Gilberta, casada más tarde con Florin Perier, Blas y Jacqueline.

Niño aún, a la edad de doce años, se realizó la primera explosión de su genio. Ayudado de las escasas ideas que sacara de las conversaciones de su padre y meditando en definiciones y axiomas aplicados a toscas figuras, descubrió por sí mismo las leyes de la geometría, rehaciendo las treinta y dos primeras proposiciones de Euclides. Es decir, inventó la geometría...

Sorprendido el padre y estupefacto el propio Descartes, que no podía concebir semejante precocidad genial, de la cual casi no había otro ejemplo en la historia del pensamiento, el joven Blas recibió los *Elementos* de Euclides y con ellos el permiso de avanzar por el camino de las ciencias.

Mucho debía estudiar y meditar, incontables habrían de ser sus vigiliás, pero no creáis que poseyó una cultura profunda en el sentido de lecturas y de aprovechamiento de ajenos trabajos, como ocurre al ordinario de los hombres de letras o de ciencias. Sus lecturas fueron limitadas, conociéndose sólo dos libros favoritos: La *Biblia* y los *Ensayos* de Montaigne. Abunda, pues, en su genio, lo propio y lo espontáneo, si bien las influencias de grandes pensadores no dejaron de manifestarse, como ocurre con todos los altos espíritus, que en dosis diversas se nutren en el acervo común de la cultura, al modo que todos hemos de vivir de la savia de la tierra, que nos forma, nos desenvuelve y torna a reintegrarnos al polvo común.

El interés de lo científico acompañó a Pascal toda su vida. Amaba las matemáticas y la física y en ese orden realizó investi-

gaciones valiosísimas, de las cuales han quedado huellas en numerosos escritos y memorias.

En 1647, a la edad de 24 años, llevó a cabo experiencias que le permitieron constatar lo absurdo de aquel principio antiguo según el cual la naturaleza tiene horror del vacío. Sus ensayos posteriores acerca del equilibrio de los líquidos y del peso del aire, le inspiraron la idea de aplicar el barómetro como instrumento de nivelación y luego a otros estudios cuya finalidad era determinar la presión de los flúidos y fijar las leyes del equilibrio. En esos estudios echó las bases de la estática de los flúidos.

Descubrió el triángulo aritmético para obtener la formación de los coeficientes de las potencias; lo que permitiría más tarde encontrar la fórmula del binomio de Newton.

Estudió las propiedades de las curvas, en especial del cicloides, que preocupara a Galileo y Descartes; trabajo que expuso en su *Tratado General del Cicloides*. Ese trabajo, en su aspecto práctico posterior, habría de tener un nombre poco grato y una triste función: la ruleta.

Inventó una máquina aritmética para ayuda de su padre, máquina que se conceptuó como superior a la de Nappier. Y hacia el fin de su vida discurrió la construcción de vehículos colectivos, a modo de ómnibus, que pensó explotar con fines benéficos; era el germen del futuro género de locomoción social que fructificaría en los ferrocarriles, en los tranvías, en los aviones...

Trabajó la prensa hidráulica...

Su labor científica registra no pocas memorias y tratados, de los cuales citaré, en orden disperso: *Essai sur les coniques*, *Traité de l'équilibre des liqueurs*, *Traité de la pesanteur de la masse de l'air*, *De numerices ordinibus* y *Du triangle arithmetique* (en donde expone puntos de vista originales acerca de la divisibilidad de los números y la teoría de las combinaciones), *Traité des trilignes rectangles et de leurs onglets*, *Traité des sinus de quart de cercle*, *Traité des arcs de cercle*, *Petit traité des solides circulaires*, *Traité generale de la roulette*, *Dimension des lignes*

courbes de toutes les roulettes. De l'escalier des triangles cilindriques et de la spiral autour d'un cone. Podemos añadir aún el fragmento conocido *Del espíritu geométrico*.

Para juzgar de la penetración sutil y profunda del genio científico de Pascal, apenas puntualizado en las referencias anteriores, bastaría citar estas difundidas líneas escritas por él en la medianía del siglo XVII: «hay dos propiedades comunes a todas las cosas cuyo conocimiento descubre al espíritu las más grandes maravillas de la Naturaleza. La principal comprende los dos infinitos: el grande y el pequeño».

En algunos de sus escritos pueden encontrarse las bases para una filosofía de la física.

Sus trabajos acerca del problema de la ruleta, lo llevaron al empleo de métodos que lo sitúan entre los creadores del cálculo infinitesimal. Influyeron en el descubrimiento de Leibniz e inspiraron a D'Alembert este juicio: «*El tratado de la ruleta será siempre precioso como monumento singular de la fuerza del espíritu humano, y como nexo entre Arquímedes y Newton*».

Ya en el comienzo de su vida, cuando el autor del *Discurso del método* bajaba hacia la tumba, le llamó un día «ese maravilloso joven»...

III

La vida de Pascal es una búsqueda constante de la verdad, de su verdad, en los caminos de la fe. Fué un largo viaje hacia Dios, apenas interrumpido por las sollicitaciones del mundo y aguijoneado por las ansias de la enfermedad y del dolor. Vida patética, simple y hermosa como una invitación a la auténtica piedad y al desprendimiento integral.

Sus primeras inquietudes de orden religioso se despertaron en una temporada que pasaran en su casa los señores de la Boutillerie y Des Landes, gentes de fe. Sintióse Pascal tocado en el alma, y a las voces interiores que comenzaron a llamarlo desde

lo alto y desde lejos, respondió su alma entera, con alternativas de oleaje humano al comienzo y sin tregua ni restricción más tarde. Fué en esos días de su juventud, en esa alborada de su fe cristiana, cuando sembró en el corazón de Jacqueline, la hermana amada, la raíz de una vocación religiosa que nada pudo desviar. En el correr del tiempo, y cuando las solicitudes espaciadas del siglo, muy raras en verdad, parecían atraerlo por otras rutas, esa hermana, Sor Eufemia, profesa en la severa regla de Port Royal, le atrajo al camino místico. Y unidos sus espíritus en la misma hoguera, ardieron hasta el fin.

Habiendo minado su salud, precaria siempre, el exceso en el estudio, vínole una especie de parálisis parcial. Fué entonces cuando concibió, al parecer, su *Priere pour demander à Dieu le bon usage des maladies*; página magnífica en que el misticismo más alto se hermana con la santidad más humilde. Tal Santa Teresa con el hábito del pobrecito de Asís.

En esas páginas de un alto y apasionado misticismo, se leen estos conceptos que pintan muy bien su estado de alma: «*Tout ce qui n'est pas Dieu ne peut pas remplir mon attente. C'est Dieu meme que je demande et que je cherche; et c'est a vous seul, mon Dieu, que je m'adresse pour vous obtenir*». «*Mais je demande, Seigneur, de ressentir tout ensemble et les douleurs de la nature pour mes péchés et les consolations de votre Esprit par votre grâce: car c'est la le véritable état du Christianisme. Que je ne sente pas les douleurs sans consolation; mais que je sente des douleurs et de la consolation tout ensemble, pour arriver enfin a ne sentir plus que vos consolations sans aucune douleur. Car, Seigneur, vous avez laissé languir le monde dans les souffrances naturelles sans consolation avant la venue de votre Fils unique: vous consolez maintenant et vous adoucissez les souffrances de vos fideles par la grâce de votre Fils unique; et vous comblez d'une beatitude toute pure vos saints dans la gloire de votre Fils unique. Ce sont les admirables degrés par lesquels vous conduissiez vos ouvrages. Vous m'avez tiré du premier; faites-*

moi passer par le second, pour arriver au troisieme. Seigneur, c'est la grâce que je vous demande». «Que je ne souhaite désormais de santé et de vie que afin de l'employer et la finir pour vous et en vous. Je ne demande ni santé, ni maladie, ni vie, ni mort, mais que vous disposiez de ma santé et de ma maladie, de ma vie et de ma mort, pour votre gloire, pour mon salut et pour l'utilité de l'Eglise et de vos Saints...». «Señor,—añade aún—sé que no sé sino una cosa: que es bueno el seguiros y malo el ofenderos»...

Mas aquella que se ha llamado su primera conversión no fué duradera y una nueva etapa inicióse en la vida de Pascal, con cambio de escenarios, de ideas y hasta de sentimientos, al menos en apariencia. Su mocedad se hacía presente con fuerza y el misticismo hubo de replegarse.

Detengámonos un poco en esa etapa.

IV

Aconsejaron los médicos un cambio de clima para restaurar la perdida salud y Pascal va a Clermont Ferrand, en donde permanece más de un año. De retorno a París en 1849 ó 50, traba amistad con el joven duque de Roannez y otros aires más livianos soplan sobre su espíritu. Frecuenta el mundo, asiste a reuniones, juega; el goce de la vida le roza con sus alas seductoras. El Demonio no ha perdido la batalla.

Un acontecimiento doloroso agita por esos días de 1850 el hogar de los Pascal. Su padre, que fuera el único maestro y el mejor compañero, muere en París; golpe que fortalece aun más sus convicciones religiosas y motiva una notable carta a su hermana mayor y a Perier, su cuñado. En ese documento se encuentran estos conceptos reveladores: «No consideremos, pues, al hombre, como habiendo cesado de vivir, según la naturaleza lo aconseja, sino empezando a vivir, como la verdad asegura. No consideremos al alma perdida y disuelta en la nada, sino

vivificada y unida al soberano viviente: enmendemos así, teniendo en cuenta estas verdades, los sentimientos de error que son tan fijos en nosotros mismos, y estos movimientos de horror, tan naturales en el hombre». A modo de conclusión, el pensador añade estas palabras: «Abandonemos a Dios la dirección de nuestras vidas».

Poco más tarde su hermana Jacqueline ingresa a Port Royal, y he aquí cómo los lazos principales que lo ataban al mundo quedaron rotos. Esta decisión, que el joven Pascal debía conocer de antemano, presintiéndola como un eco de su propio destino, no sería un golpe para su espíritu, solicitado y conquistado por los más poderosos estímulos de su clima personal. Comenzaba el Demonio a perder la partida.

Pero el Demonio, en sus combates con los héroes de la mística, no cede sino en el trance final. ¿Acaso un minuto de debilidad no anula los sacrificios y las fatigas de una vida? Los grandes batalladores, como los grandes jugadores, pueden perderlo todo en la última puesta. Y el Demonio libra una nueva batalla.

La soledad envuelve en su manto negro al silencioso caballero de la ciencia y de la fe; cuanto ama se aleja de su vera, y mientras la carne sufre, una ventana de juventud se abre en el horizonte. El tentador se reviste con las atrayentes vestiduras del joven duque de Roannez, su amigo. Y Roannez lo arrastra al Poitu, pasando juntos una temporada en Auvernia a fines de 1652 y comienzos de 1653. Es una temporada que los profanos llaman de disipación y sobre la cual existen datos contradictorios. ¿Hubo mujeres, hubo amores en esos días en que un sol de juventud quema la frente y desdora la cabellera del apóstol? Probablemente no. Se habla de juegos, de pasatiempos livianos, hasta de versos escritos al pasar, pero muy poco se dice de la fronda que conmueve en lo íntimo, con realizaciones o con abstinencias, la mocedad de todos los hombres.

Esa primavera en la vida de Pascal dura lo que suelen durar las primaveras: un minuto. La carne vibra, el placer voltijea,

hay espuma de champagne en los cristales. Pero las fuerzas recónditas dominan y la fe religiosa, como un llamado que viene desde más allá de la muerte y del tiempo, lo torna a las vías de salud espiritual. No se puede luchar con el destino; las fuerzas que nos encauzan, que nos dominan y nos vencen, superiores a nosotros, más fuertes que la fuerte sensualidad o más poderosas que el espíritu, acaban por prevalecer. Santo o pecador, asceta o disipado, somos lo que nuestro clima interior—hecho de miles de muertos, de millares de ancestros que habitan en nosotros, con sus pasiones y sus deseos, con sus virtudes y vicios,—dispone que seamos. No se lucha con el destino y el destino está oscuramente determinado por nuestro clima interior.

Pascal no pensaba así, pero no quiso ni pudo sustraerse a su destino. Bien que en el heroísmo de abandonarse a él había satisfacciones que no pueden medirse con las medidas del amor humano. Si hubo lucha y ardiente, el resultado podía adivinarse con anticipación. Y el Demonio fué vencido.

Tal vez en esos días de primavera se prepara ya para lo que se ha considerado como su definitiva conversión. Lee a Epicteto y a Montaigne, que influyen en sus contemplaciones filosóficas del mundo y se siente atraído por los cartesianos. Escribe memorias para la futura Academia de Ciencias y traza las páginas de un discurso notable *Sur les passions de l'amour*...

«Todos nacemos con un carácter de amor en nuestros cuerpos, —dice Pascal—que se desarrolla a medida que el espíritu se perfecciona y que nos lleva a amar lo que nos parece bello, aun sin haber sabido nunca en qué consiste la belleza. ¿Quién duda después de eso, que, precisamente, si estamos en el mundo, es para amar? En efecto, por mucho que uno se oculte, ama siempre. En las mismas cosas en que más parece que haya logrado separar el amor, se encuentra éste siempre, secretamente y a hurtadillas, y no es posible que el hombre pueda un momento vivir sin eso».

En su discurso sobre las pasiones del amor, el filósofo apunta

reflexiones delicadas y hondas. Hay en su texto, desperdigados, pensamientos de una exquisita sutileza: «El amor no tiene edad; siempre nace. Los poetas nos lo han dicho. Por eso lo representan como niño». «Es necesaria cierta habilidad para amar». «Cuando más largo es el camino en amor, más placer experimenta un espíritu delicado». «Tiene el corazón razones que la razón ignora y no podemos excluir la razón del amor, ya que son inseparables». «Los poetas no tienen razón cuando nos pintan el amor ciego. Es necesario que le quitemos la venda y que le devolvamos para siempre el disfrute de sus ojos».

Así solía discurrir Pascal cuando estaban abiertas a la primavera sus ventanas...

V

No le fueron indiferentes, sin duda, los encantos de la sociedad refinada de aquellos días. Lejos de eso. En el castillo de Roannez y en sus alrededores residían hombres de gusto, que habían hecho de su propio vivir una ciencia y un arte exquisitos. Vividores un poco cínicos, generosos, con una moral condescendiente y una filosofía siempre amable, que parecía buscar por encima de todo el culto de lo natural y de lo bello, su trato tenía una atracción casi irresistible. El caballero de Méré, por ejemplo, llegó a influir en su modo de pensar, acaso en sus gustos, y hasta un poco en la consideración amable y liviana de las *pasiones del amor*...

Escribe Pascal en esos días de Poitou: «¡Cuán feliz es una vida que comienza por el amor y termina por la ambición! Si yo tuviera que escoger, ésta escogería...»

Y sueña, dice un biógrafo, en adquirir un cargo y hasta en casarse...

Pero las delicias del mundo no lo detienen mucho tiempo, y hasta puede decirse que nunca lograron dominarlo, como no sea superficialmente. Y es que la fe combate y accecha en los

repliegues profundos de su alma, al paso que la ciencia continúa ejerciendo en su espíritu una poderosa atracción. Están en desarrollo todas las directivas de su vida y de su destino, a pesar del marco frívolo, a pesar de las mesas de juego, de las partidas de caza y de placer, de las sonrisas furtivas, de esa turbadora gracia de los cuerpos de veinte años. Aun admirándolos, aun sintiendo la atracción del medio y su alegría, Pascal piensa, cree, escucha las voces que desde más allá de la vida, desde más lejos de la razón positiva, desde el corazón mismo del sentimiento, por así decirlo, le hablan de Dios.

El proceso de su vuelta a Dios, o sea lo que llaman su segunda y definitiva conversión, fué desarrollándose en el secreto de su alma, en medio de dramáticas alternativas, de sorda lucha interior, de dudas opuestas por la razón orgullosa, por esa razón que imagina dirigir nuestro carruaje y nuestro esfuerzo como la mosca de la fábula...

Pascal, sin embargo, acude a la razón y encuentra en ella luces que iluminan su espíritu, en tanto en el corazón siente a Dios, porque a Dios hay que sentirlo. De este modo, la razón y el sentimiento constituyen la síntesis de su fe, y ésta, superior a la duda, a la inquietud y al dolor de la incertidumbre, ya no le abandonará. El Demonio está vencido.

Una tarde, a tiempo que las últimas dudas se debaten en su espíritu, le sorprendió la hora del sermón en Port-Royal-des-Champs. Era la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, y Pascal escuchó la palabra de M. Singlin, que venía a tocar precisamente el tema de su propia inquietud. Y esa voz rompió las últimas resistencias del mundo...

Dos días después, el lunes 23 de noviembre de 1654, hora estelar de su destino, Pascal se encontró frente a Dios.

Emile Boutroux ha descrito con mano maestra esa suprema jornada. «Desde cerca de las diez y media hasta medianoche, se vió como iluminado por un fuego sobrenatural. Lo que esta revelación le comunicó fué, ante todo, conocimiento. Vió con

claridad nueva que el Dios que enseña y que salva, el Dios que busca el alma humana, no es el símbolo de los filósofos y de los sabios: es el Dios vivo, real, que se comunica, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Ese Dios es demasiado grande y demasiado santo para que podamos unirnos a él. ¿Estamos entonces condenados a desearlo eternamente? La llave de nuestro destino está cerca de nosotros y no sabemos cogerla. Toda nuestra impotencia sólo viene de un punto: que no aceptamos el socorro ofrecido. Aquél por quien podemos llegar a Dios, nosotros que estamos separados por el infinito, es Jesucristo. El es el camino, el único camino. Esta es la revelación por excelencia, la que da a todas las otras su sentido y su efecto. Dios de Jesucristo: ¡mi Señor y mi Dios!

«Ante esta verdad no queda lugar para la duda, ni hay más prueba que pedir. ¡Certidumbre, certidumbre! La certidumbre del sentimiento y del corazón, aquella que es inmediata y absoluta; la que viene de la vista y no del razonamiento. Alegría, paz. El alma, en fin, en posesión de este objeto, verdaderamente digno de ella, que buscaba a través de todas sus vinculaciones! Grandeza del alma humana. No es ya una quimera. Dios, reentrando en ella, restaura la armonía. ¡Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría!

«Es solamente ahora, mi Dios, que iluminado por Vos, miro el abismo que de Vos me separaba. Me he separado de Jesucristo, le he huído, le he renunciado y le he crucificado. ¿Qué certidumbre puede caberme de que Dios permanecerá en adelante conmigo? Dios mío, ¿me abandonaréis? ¿Que no me vea separado eternamente!

«Y en alternativas de delicias y de terror, Pascal sentía atenuarse más y más toda resistencia y el amor de Dios retornar, reemplazando en su corazón el amor de la criatura; sentía cómo la obra de regeneración se efectuaba en el fondo de su ser. Cada retorno del sufrimiento era la señal de una victoria nueva; y cada progreso de la acción reparadora, trabajando un

mal ignorado, provocaba nuevo sufrimiento. La alegría, sin embargo, se sobreponía más y más, y hasta el dolor mismo se tornaba alegre: y al fin, vencida la última resistencia, el alma entregada por entero y definitivamente, Pascal, en un momento indivisible, que no pertenecía al tiempo sino a la eternidad, sintió de un mismo golpe, en una viviente unidad que su inteligencia no hubiera podido concebir, su propio aniquilamiento, la presencia en él del Dios de amor y de misericordia, y esa infinita inundación de pasión—única que podía llenar la capacidad de un alma humana—con que antes soñara. ¡Renunciación total y dulce! ¡Eternamente en alegría por un día de trabajo sobre la tierra!».

Dios había entrado en él para siempre. Y ese Dios era Jesucristo, en quien se suman todos los contrarios que hay en el hombre. «Es grande porque es Dios; es la grandeza misma. Al propio tiempo es verdaderamente hombre, el más humilde, el más miserable de los hombres. Es un obrero, obscuro, pobre e indefenso. Lleva la carga de los pecados de todos los hijos de Adán y soporta los suplicios más crueles y más ignominiosos». En él se reunen, literalmente, la extrema miseria y la suprema grandeza.

Pascal, al volver en sus sentidos normales, después del trance máximo, con mano febril trazó unas cuantas líneas en un pergamino que llevó siempre consigo y que le encontraron cosido a sus ropas al tiempo de morir.

En ese documento que marca la etapa más decisiva de Pascal, se encuentran palabras y reflexiones sueltas, puestas allí como indicaciones de la fulgurante velada que marcó la hora central de su destino «depuis environ dix heures et demie du soir jusques environ minuit et demie». «Certitude, certitude, sentiment, joie, paix», leése bajo el fuego de su mano. «Oubli du monde et de tout, hormis Dieu». «Pere juste, le monde ne t'a point connu, mais je t'ai connu». «Joie, joie, joie, pleurs de joie».

Realmente esa hora de decisión marcaba el eje de su destino.

Cuando aun no habían corrido muchas semanas desde aquel suceso, el 7 de enero del año 55, Pascal salió para el castillo de Vaumurier, en compañía de M. de Luines. Iba en busca de soledad, pero no pareciéndole bastante la que allí encontrara, pidió una celda a los solitarios de Port Royal. Y desde ese mismo punto y hora, pero sin perder nunca su independencia espiritual, sirvió bajo sus banderas; bien que la vida propiamente militante no comenzaría sino en 1656.

Un hecho notable, ocurrido por aquellos días, llevó a su máximo el ardor místico de la Abadía: fué la curación de Margarita Perier, sobrina del filósofo, quien sanó de golpe de una fístula lacrimonal que abarcaba la nariz y la boca. Ese caso, conocido con el nombre de milagro de la Santa Espina, hubo de fortalecer aun más el espíritu religioso de Pascal.

VI

En la corriente de dichos años estalló la dramática lucha entre Port Royal y la Sorbona.

La Abadía de Port-Royal-des-Champs, centro de un grupo de teólogos y pensadores de gran envergadura, fué en verdad el núcleo principal de aquella lucha religiosa, como Pascal su mejor campeón.

Examinemos un poco el clima de Port-Royal y los antecedentes de ese magno debate doctrinario.

El abate Saint-Ciran, vinculado íntimamente a Jansenius, Obispo de Ypres, compartía las ideas del famoso profesor de la Universidad de Lovaina, en orden a restaurar contra los jesuitas la doctrina agustiniana de la gracia; el uno debía trabajar por la restauración del cristianismo en su pureza primitiva en el orden práctico, mientras el otro, Jansenius, lo haría en el orden teórico. «Su principio era que el pecador no alcanza justificación si no ama a Dios en verdad», a cuyo fin procuraba que se prac-

ticase el género de vida correspondiente a este principio. «La gracia de Dios por el Cristo: tal es la condición necesaria y suficiente de nuestra salud», había dicho San Agustín. Contra esos principios, el jesuíta Molina, que seguía la dirección scotista, sostenía que la gracia eficaz no difiere de modo esencial de la gracia suficiente. Alzado Jansenius contra una doctrina en que veía una amenaza mortal para el catolicismo, tradujo sus estudios de San Agustín en una obra metódica y vasta—*Augustinius*— que sometió al juicio del Vaticano; y los jesuitas, con el propósito de anular el movimiento jansenista, que chocaba con sus enseñanzas, extrajeron de aquel libro cinco proposiciones concernientes a las relaciones del hombre con la gracia divina y la predestinación, las que tomadas aisladamente y en su sentido inmediato, aparecían como la negación del libre arbitrio.

En la defensa de los principios de Jansenius se destacó posteriormente M. de Singlin, sucesor de Saint-Ciran, y más tarde M. de Sacy, asistidos ambos de Lancelot, Fontaine, Arnauld d'Andilly, Nicole y otros sabios de nota, con lo que hubieron de verse envueltos todos en la sorda lucha iniciada por los jesuitas. En enero de 1655 las hostilidades tomaron sesgo violento y el padre Annat, confesor del rey, atacó al teólogo Arnaud y a sus amigos, acusándolos de herejía como sostenedores de la doctrina jansenista.

Acudieron los solitarios de Port-Royal a su amigo Pascal, y éste, conmovido hasta lo íntimo por la injusticia de tales persecuciones, se lanzó a la arena, escribiendo una serie de ensayos en forma de cartas, redactados con fuego, con lógica tremenda y no sin contenida pasión. Como carecía de los conocimientos teológicos necesarios, sus compañeros, en especial Saint-Arnauld y Nicole, elegían y proporcionaban los textos, y de la mente de Pascal, con claridad matemática, iban brotando las razones, concentrándose así en él aquella célebre polémica religiosa, acaso la mayor de su siglo.

Los escritos en cuestión, reveladores de un poderoso genio

literario, debían ser coleccionados más tarde con el nombre de *Cartas Provinciales* (*Lettres écrites a un provincial par un de ses amis*). La primera data del 23 de enero de 1656 y lleva el seudónimo de M. de Mons, pues era tan peligrosa la lucha con la orden de San Ignacio, que hasta debió su autor cambiar de domicilio, instalándose en una posada cercana a la Sorbona, frente al colegio jesuíta.

Las cartas de Pascal fueron sucediéndose con rapidez, en medio de la apasionada curiosidad de la gente culta, pero Roma había dicho su palabra y la suerte final estaba como escrita de antemano. El 16 de octubre el Papa Alejandro VII, en la bula *Ad Petri Sedem*, declaró que las cinco proposiciones que originaron la escisión del *Augustinius* de Jansenius y, en el sentido que les daba su autor, habían sido condenadas ya por Inocencio X. El Parlamento de Aix condenó luego las primeras dieciséis cartas y todas entraron más tarde en el Índice.

La defensa del jansenismo hecha por Pascal comprendía dos puntos: la cuestión de hecho y la de doctrina. Sostuvo en el primero que en el *Augustinius* no se encuentran las proposiciones condenadas, y, tocante al segundo, que las ideas de Jansenius acerca de la gracia divina son las de todos los doctores de la Iglesia. La teoría de la gracia eficaz era mantenida con fuerza y sutileza contra los jesuítas, partidarios de la gracia suficiente y de la gracia eficaz. Sin embargo, y a diferencia de los jansenistas, Pascal creía que el hombre coopera a la gracia, sin la cual no hay evidencia plena.

En su forma, saturada de ironía finísima, y en su fondo, las *Cartas* contenían tremendo ataque en contra de la política y de la moral de los jesuítas, encaminada entonces a la obtención de un fin universalista, para lo cual no se guardaba severidad en orden a los medios que pudieran emplearse. Hay que convenir, sin embargo, que para llegar al establecimiento de un imperio espiritual, en la medida de lo soñado, ese era el único camino posible entonces, y así lo entendieron más tarde, en el orden

político, otros hombres que han aspirado a la universalización de sus doctrinas. Pero esa línea política, grande en sus propósitos y deleznable en sus medios—como es deleznable cuanto dice relación con las pasiones humanas, basadas en la concupiscencia y en el egoísmo,—estaba reñida con el orden espiritual que buscaba nuestro filósofo. El espíritu riñe con la materia y tiene, empero, que servirse de ella, tal es la contradicción eterna y tal el drama con que deben enfrentarse los luchadores del espíritu.

Por eso Pascal, místico hasta la raíz de su alma, debía librar una batalla que estaba perdida de antemano, no en el tiempo, pero sí en su tiempo.

Para juzgar de esa victoria en el tiempo, pueden citarse estas palabras de Botroux: «lo que el condenado sigue condenado, no sólo en el cielo sino en la tierra misma».

VII

Las *Cartas Provinciales* debían tener honda repercusión en la literatura francesa y hasta en el proceso fijador de esa lengua: la lengua de Pascal. Ha escrito Voltaire: «El primer libro de genio que apareció en prosa fué la colección de las *Cartas Provinciales*. Todo género de elocuencia está allí contenido: no hay una sola palabra que después de cien años no haya participado de la modificación que altera con frecuencia las lenguas vivas. Es necesario remontar a esta obra la fijeza del lenguaje».

Empero, en esas *Cartas* que Pascal publicó refinadamente, rehaciendo hasta ocho veces algunas, no puede hallarse sino una parte de la expresión de su genio. La visión de Pascal sobre el panorama del hombre y del mundo, el hombre en el mundo y Dios sobre el hombre, se encuentra traducida a fondo, en forma sustantiva, tanto en el dominio propiamente religioso como en el filosófico, en otra obra eterna, acaso la más importante de aquella pluma tan finamente elogiada por Voltaire: *Les pensées*.

Esta obra fundamental, la más conocida en el conjunto del pensamiento pascaliano, sólo apareció fragmentariamente algunos años después de su muerte, en una edición con variantes inevitables en la época, dirigida por el duque de Roannez, que fué tan fiel amigo como noble y comprensivo discípulo.

Digamos, antes de examinarla, que no alcanzó el autor a realizar en la medida deseada los anhelos que le animaban a escribir un ensayo fundamental sobre la religión católica, pero lo hecho tiene riquísima calidad y bastaría para su gloria.

El plan general, que era el de una Apología, lo dió a conocer personalmente a los señores de Port-Royal en 1660. Propóniase desarrollarlo in extenso, mas su escrupulosidad de escritor, que llegaba a límites extremos, y su salud vacilante le impidieron llevarlo a término. Con temor de la muerte o acaso de la memoria que comenzaba a abandonarlo, escribía sus pensamientos según le acudían, en trozos de papel, en los puños, hasta en las manos. Los fragmentos que quedaron, coleccionados por Roannez y M. de Perier, constituyen el cuerpo de la obra.

En el fondo de su doctrina está la búsqueda de Dios y la prédica de la caridad. «Señor, yo sé que no sé sino una cosa: que es cosa buena seguiros y que es cosa mala ofenderos. Después de eso, yo no sé ni que es lo mejor, ni que es lo peor de las demás cosas».

La concupiscencia domina al hombre y es la mayor enemiga de su salvación; de ahí la limitación de la razón humana, debilitada principalmente por la concupiscencia. No todo puede demostrarse ni es todo demostrable; debemos huir de la duda universal, tan peligrosa como la credulidad excesiva. Lo que está por encima de la razón no es contrario a ella. El dejarnos llevar de nuestra ciencia, en forma absoluta, nos aparta del camino de la salvación, que es el principal objetivo del hombre y equivale a convertir la verdad en ídolo, pues la verdad sin la caridad no es divina ni puede ser deseada. La adquisición de la certeza, que

ha de aportarnos la paz espiritual, debe ser el fruto de nuestro esfuerzo voluntario.

A modo de enemigos se combaten en el hombre sus dos naturalezas, contrarias; la una es hecha de miseria y de grandeza la otra y ambas se mezclan y luchan, porque el hombre aspira a la verdad, pero no deja de ser esclavo del error y de la ignorancia; aspira a la justicia y a la dicha que no perece, pero lo esclavizan de consuno, el interés, las costumbres, los placeres vanos. Es constante su lucha en busca de liberación y en ella el poder del pensamiento manifiesta su grandeza. En ese poder reside su superioridad, pues el universo puede aplastar al hombre y éste conoce la inferioridad material suya, en tanto el universo ignora su poder.

La concupiscencia domina el plano material, subordinándose la justicia al egoísmo. En vano busca el hombre su felicidad, en vano anhela encontrarla en el poder, en la ciencia, en el amor. La fama le seduce, pero no le trae alegría durable. La verdad, la justicia y la felicidad son asequibles, empero, y a ellas se llega por el camino que conduce a Dios.

Pascal basa la divinidad de la religión cristiana, única que ha sabido preservar al hombre del orgullo y de la desesperación, en la autoridad de la Sagrada Escritura, cuya racionalidad, perpetuidad y eficacia afirma. Mas para llegar a Dios se requiere pureza de corazón y sometimiento de nuestra triple concupiscencia: *sentiendi, sciendi, dominandi*. Sólo dos caminos hay ante el paso del hombre: vivir con Dios o vivir sin Dios. Y la elección no le parece dudosa.

Pascal se pregunta: ¿qué es el hombre en la naturaleza? «Un nada en comparación con lo infinito, un todo en comparación con la nada: un término entre todo y nada. Infinitamente lejano a estos dos extremos, el fin de las cosas y su principio, son para él infinitamente ocultos en un secreto impenetrable...»

«La extensión visible del mundo—escribe en otra parte—nos sobrepasa visiblemente; pero, como somos nosotros los que sobrepasamos las cosas chicas, nos creemos más capaces de

poseerlas; y, sin embargo, no es necesaria menos capacidad para llegar hasta la nada que para llegar hasta el todo. Es necesario que aquella sea infinita, tanto en uno como en otro caso; y me parece que aquel que hubiese podido llegar a conocer las últimas razones de las cosas conocería también lo infinito. Lo uno depende de lo otro, y lo uno conduce a lo otro. Los extremos se tocan, se reúnen a fuerza de ser lejanos, y se encuentran en Dios, y en Dios solamente».

«Nuestra inteligencia—añade—tiene, en el orden de las cosas inteligibles, el mismo puesto que nuestro cuerpo en la extensión de la naturaleza».

«Nuestra razón es siempre desengañada por la inconstancia de las apariencias; nada puede fijar lo finito entre dos infinitos, que le encierran y se le escapan».

Agrega Pascal: «si nosotros somos simplemente materiales, no podemos conocer absolutamente nada y si somos compuestos de espíritu y materia, no podemos conocer sino imperfectamente las cosas simples, sean materiales o espirituales».

«Cuando considero la pequeña duración de mi vida, absorbida en la eternidad que la precede y la sigue, *memoria hospitii unus dici proete reuntis*, el pequeño espacio que ocupó, y cuando me veo abismado en la inmensidad infinita de los espacios que ignoro, y que tú ignoras, me espanto y me asombro de verme aquí y no más allá... ¡Porque no habrá razón para que fuese aquí y no allá, para que fuese ahora y no entonces! ¿Quién me ha colocado? ¿Por orden y encargo de quién, este lugar y este tiempo me han sido destinados?»

Y a modo de expresión de su deseo más íntimo: «Yo querría llevar al hombre a que desee encontrar su verdad así, y a estar pronto y desnudo de pasiones, para seguirla doquiera que la encuentre».

En verdad es difícil, si no imposible, extraer en unas cuantas páginas el sentido hondo de los razonamientos religiosos de Pascal. Hay que leerlos con detención, hay que meditarlos con hu-

mildad, y pensar, en todo caso, que para rebatir el pensamiento de un cerebro tan alto no basta el triste bagaje de nuestra cultura media. El trato de los filósofos es difícil y raro de suyo, pocos lo frecuentan, y menor aún es el número de los que llegan a entender algo. ¿Cuántos, por ejemplo, han leído en su texto íntegro *El Capital* de Marx? ¿Cuántos pueden sinceramente estar ciertos de haberlo comprendido? El hombre suple su ignorancia con estallidos de ciega soberbia o se somete sin discernimiento al dictado de las corrientes dominadoras. Sufre y anhela mejorar; lucha y pasa por la vida sin percibir qué ha vivido. La actitud del hombre-masa debe acordarse fatalmente a móviles que no brotan de la razón sino del sentimiento, pero la actitud del hombre intelectual debe ser otra: escrutar, estudiar, comparar, y no encastillarse jamás en una actitud de definida negación, porque somos de naturaleza cambiantes y nuestro paso por la vida está condicionado por factores que escapan a nuestro control. Una sola cosa puede y debe reunir a todos los hombres de buena voluntad, sea cual fuere su tienda política y su doctrina religiosa, si hay sinceridad de ánimo y fuerza para superar los propios egoísmos: el propósito común de trabajar por el mejoramiento material de la colectividad humana, por su culturación, por la conquista de una democracia real en que nadie tenga hambre y el pan del espíritu y la libertad de pensar, de amar y de creer a todos estén asegurados.

VIII

El pensamiento de Pascal discurre por los campos de la ética, de la psicología, de la filosofía pura, con una lucidez que iguala su profundidad. Pueden discutirse sus opiniones, afirmarlas o invalidarlas desde ángulos distintos, según sea la fuerza mental del crítico y su propio fruto, pero no cabe sino acercarse con asombro y respeto a la cosecha de su extraordinario cerebro y de su espíritu altísimo.

A manera de florilegio rápido, apuntemos algunos pensamientos del maestro francés, valga decir universal, porque las ideas y las almas grandes no tienen fronteras:

«La justicia y la verdad son dos puntos tan sutiles que nuestros instrumentos están demasiado embotados para poder acertarles exactamente».

«Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, toda la faz del mundo hubiese cambiado».

«La vida es un sueño un poco menos inconstante».

«Las ciencias tienen dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural en que se encuentran todos los hombres cuando nacen; la otra extremidad es aquella a que llegan las grandes almas, cuando, habiendo recorrido todo aquello que los hombres pueden saber, encuentran que no saben nada y se hallan en la misma ignorancia de donde partieron. Pero esta es una docta ignorancia, que se conoce. Aquellos de entre ellos que han salido de la ignorancia natural, y no han podido llegar a la otra, tienen alguna tintura de ciencia suficiente y forman la clase de los entendidos».

«Condición del hombre: inconstancia, fastidio, inquietud».

«Que cada cual examine sus pensamientos, y los encontrará siempre ocupados en lo pasado o en lo porvenir. Casi no pensamos en lo presente; y si pensamos, es solamente para tomar de él claridades para ordenar el porvenir. Así no vivimos jamás, pero esperamos vivir; y disponiéndonos siempre a ser dichosos, es inevitable que no lo seamos nunca».

«Como la moda hace cambiar el buen gusto, así hace cambiar también la justicia».

«Este perro es mío, decían estos infelices muchachos; este es mi sitio al sol; he aquí el comienzo y la imagen de la usurpación de la tierra».

«Burlarse de la filosofía, es filosofía realmente».

«En un alma grande todo es grande».

Y esta frase sobre Platón y Aristóteles: «Imaginamos de

ordinario a Platón y a Aristóteles, envueltos en solemnes túnicas de pedantes. En realidad eran buena gente; y muy a la llana, y reían de buena gana con sus amigos; y, si se han divertido en fabricar leyes y política, lo han hecho en broma. Era esta la parte menos filosófica y menos seria de su vida. La más filosófica consistía en vivir simple y tranquilamente.

«Si han escrito de política, era a la manera del que dicta un reglamento para un hospital de locos; y si han tomado el aire de hablar de eso como de una cosa importante, es porque sabían que los locos a quienes hablaban se figuraban ser reyes y emperadores; y así aquellos fingían aceptar sus principios para moderar su locura en lo posible, y reducirla a un mal menor».

Tocante a su manera de contemplar la posición social del hombre, óigase esta pincelada breve, tomada de sus discursos a un príncipe joven—acaso el hijo mayor del duque de Luynes—que redactara Nicole con fidelidad a recuerdos frescos del maestro:

«Es por efecto del azar que posee usted las riquezas que se encuentran en su dominio. De usted mismo y por su naturaleza, no tiene ningún derecho a ellas. El orden, en virtud del cual esos bienes pasaron de sus antepasados a usted, es un orden de establecimiento, y de establecimiento natural. Su alma y su cuerpo son en sí mismos indiferentes al estado de barquero o de duque. Igualdad perfecta con los otros hombres, he ahí su estado natural».

IX

El drama de Pascal—resuelto en la crisis que hemos marcado como el centro de su destino—fué su lucha entre el mundo y la fe, entre la conciliación amable de la religiosidad mundana de sus mayores y los deberes de una fe austera, en ejercicio de militancia. En esa lucha, que fué larga y más que larga intensa, en la medida de su capacidad pasional, se alteró su ánimo, sufrieron

sus carnes, removiéronse desesperadamente sus entrañas, produciéndole acaso agonías de sangre. Dios o el Demonio. El mundo o la militancia activa de la fe en ejercicio de caridad cristiana. ¿Dudó de Dios alguna vez? Comentarista hay que imagina ver asomar una inquietud lacerante a través de cierta página o de tal pensamiento. Es humano que haya vacilado alguna vez y que se interrogase con el corazón en carne viva; acaso algún grito místico traicionara el temor de una duda posible. Ahí del drama, ahí de las mortificaciones más agudas; pero la fe está en la raíz de su alma, en el fondo mismo de su cerebro, hasta en los repliegues más oscuros de su sentido matemático. La fe triunfa en él; la fe triunfó siempre.

Los últimos años, después de su lucha con los jesuitas, transcurrieron en trance de continua superación, en lucha física con la enfermedad que le minaba sordamente el organismo, y en continuo diálogo con Dios. Lo buscaba, lo servía, lo enseñaba, y al fin llegó a sentirse como identificado con El a través del dolor y de las renunciaciones. La vida, que le fuera tan amargo ejercicio, se esmeraba en acumular torturas y pesadumbres a su paso. Y las batallas se perdían en apariencia, con derrota o extinción de cuanto amaba y le era amable. Así, cuando los jansenistas se vieron forzados por superior obediencia a firmar un formulario que constituía la renunciación de principios sostenidos con pasión de alma, Sor Eufemia, en el mundo Jacqueline Pascal, hubo de sucumbir al dolor de esa renunciación que a sus ojos de mística debió ser como una apostasía. Cuando se cerraron los ojos de la hermana amada, en Octubre de 1661, Pascal dijo: «¡Dios nos haga la gracia de morir tan bien!»

Pero sus convicciones seguían firmes a pesar del odio de sus perseguidores. Cuando el triunfo de ellos parecía consumado, escribió estas palabras que subrayan su fortaleza interior: «*Ad tuum, Domine Jesu, tribunal apello*»... Y al tiempo de morir, como le preguntara el sacerdote si se arrepentía de haber

escrito las *Provinciales*: «Respondo, contestó, que lejos de arrepentirme, si tuviera que hacerlas, las haría más fuertes aún».

X

Era Pascal, hemos dicho, de naturaleza profundamente mística—el mayor místico de Francia, como fuera su prosista más insigne—y de ello es constante muestra su obra y su vida. Pero no estaba el físico, débil y pobre en extremo, a la altura de la fortaleza espiritual y la carrera de sus años fué un sufrir continuado. Desde temprano fuertísimos dolores de cabeza le asaltaban casi sin tregua, como síntoma o expresión de las enfermedades que minaron su trabajada juventud, dando fin a la vida misma en lo mejor y más maduro de ella.

La actitud del filósofo frente al dolor fué de infinita grandeza. No hubo en él cobardía ni abatimiento: lo contempló primeramente como un mal necesario y en seguida como un instrumento de perfección, acabando por considerarlo a modo de un don de Dios. Cuenta madame Perier en su *Vida de Pascal*, que este decía, cuando más fuertes eran sus dolores. «No me compadezcáis; la enfermedad es el estado natural de los cristianos, porque por ella se está como se debería estar siempre, en el sufrimiento de los males, en la privación de todos los bienes y de todos los placeres de los sentidos y exento de todas las pasiones que nos trabajan durante el curso de la vida, sin ambición, sin avaricia, en la espera continua de la muerte. ¿No es así como los cristianos deben pasar su vida? ¿No es una gran felicidad encontrarse por necesidad en el estado en que ya se debe estar por obligación, y no teniendo para ello otra cosa que hacer sino someterse humilde y apaciblemente? Por eso ruego a Dios que me conserve esta gracia». ¿No constituye esto una suprema expresión de santidad en el sentido cristiano?

Buscaba Pascal el desasimiento de los bienes terrenales y de los afectos que hacen menos amarga la vida, pero esto último

no era propiamente una negación del amor de la sangre. Acaso pensaba que todo el afecto que damos a unos pocos seres, lo quitamos a los más, defraudando de esa capacidad de amor a los más pobres, a los más necesitados.

De los pobres solía decir: «Si yo tuviese el corazón tan pobre como el ingenio, sería bien dichoso; porque estoy maravillosamente persuadido de que la pobreza es el gran instrumento de la salvación». Y agregaba: «Siempre he notado que, por pobre que se sea, no puede uno morir sin dejar algo».

A los católicos, apegados en su inmensa masa a los bienes terrenos, como ocurre a la mayoría de los hombres, refiriéndose a la omisión de la caridad que importa en sí misma la condenación, decía que este solo pensamiento les llevaría a desnudarse de todo si realmente poseyesen la fe...

A propósito de su amor a los pobres,—que le llevó a abandonar su propia casa, en la hora última, a fin de que no llegase a sus sobrinos el contagio de un enfermo de viruela a quien había asilado, enfermo cuya vida le era más preciosa que la suya,—refiere la señora Perier un diálogo cuya grandeza conmueve: Dijo un día a su hermana: «¿De qué viene que yo no haya hecho nunca nada por los pobres, a pesar de que siempre he tenido un grande amor por ellos?» Repuso la hermana: «¿Más habéis tenido, hermano mío, muchos bienes para dar». Y contestó él: «Ya que no tenía bastantes bienes para darles, debía haberles dado al menos mi tiempo y mi trabajo; en esto he faltado; y si los médicos dicen la verdad y puedo levantarme de esta enfermedad, estoy resuelto a no tener, en el resto de mi vida, más cuidado ni más empleo que el servicio de los pobres».

Y cuando las prisas finales lo asaltaron, quiso ir a morir en los Incurables, en un hospital común de su tiempo, entre los más humildes desheredados, junto a los deshechos de la vida, entre los naufragos de esta gran tempestad que es nuestro paso por el mundo. La compañía de los vencidos y de los tristes, de la

extrema miseria y del máximo dolor, era el último servicio que impetraba a la piedad de los hombres.

Este santo para cuyo alto misticismo no hay paralelo en Francia, acostumbraba mortificar su carne aun más de lo que solían las dolencias habituales. No sólo no se servía de criado alguno para los menesteres más indispensables, sino que huía del regalo de la mesa, del agrado de las buenas charlas, de la peligrosa sonrisa que el ingenio estimula. Y para no ceder a la tentación más mínima, según cuenta su hermana, usaba un cinturón de hierro, erizado de puntas, sobre su carne en desnudo, «y cuando le venía algún pensamiento de vanidad o cuando encontraba algún placer en el lugar en que estaba, o cualquier otra cosa parecida, se daba con el codo para redoblar la violencia de los pinchazos, y se hacía así recordar asimismo su deber». Esta práctica la conservó hasta el último día.

En este varón excelso se juntaban, pues, las dotes del santo, del místico, del cientista, del buscador de verdades y del hombre de fe. Era un pescador de almas que había puesto en el extremo de su anzuelo, como Cristo, la sonrisa más humana. Y cuando el 19 de agosto de 1662 las sombras de la noche se espesaron junto a su lecho, acaso para que brillasen mejor las alboradas de otra vida, sus últimas palabras inteligibles fueron éstas: «¡Que Dios no me abandone jamás!» ¿Había por ventura de abandonarlo el Dios de sus sueños? Ni Dios, ni el amor.

XI

Fué enorme la influencia que Pascal tuvo en su siglo y en el pensamiento religioso de las centurias que siguieron. Los escritores de su tiempo, dice un crítico, o se nutrieron de su pensamiento o se sublevaron contra él.

«Como escritor—anota Boutroux—realizó una de las formas más exquisitas de la prosa francesa: un lenguaje rico aún de viejas palabras enérgicas y familiares, de términos concretos, de

imágenes atrevidas, y al mismo tiempo sobrio, sencillo, preciso y claro; una sintaxis a la vez simple y rigurosamente lógica; una construcción muy libre, que admite la bella amplitud regular del período latino, pero que recoge, rompe, prolonga o alijera la frase con una holgura y un arte del todo francés. Esta forma, tan fresca en su perfección, podrá ser considerada como un modelo para los escritores del siglo XVII: pero ninguno de ellos, ni aun los más grandes, reúne todas las cualidades que con tanta naturalidad ha combinado Pascal. Salvo en *La Fontaine*, el orden de la razón dejará en segundo plano el orden del corazón o de la imaginación. Y entre las formas diversas que ha presentado la lengua francesa después del siglo XVII, desde Voltaire y Rousseau hasta Chateaubriand y Víctor Hugo, no hay ninguna de la cual no se encuentren gérmenes en el estilo de Pascal.

La doctrina contenida en los *Pensamientos*, al decir del mismo ensayista, influyó en las enseñanzas de Bossuet y de Bourdalou, en los puntos de vista de Racine, de Boileau o de La Bruyère; en los sistemas de Malebranche, de Spinoza, de Leibnitz.

Ya hemos visto lo que Voltaire opinaba de *Las Provinciales*, y un poco de lo que pensaba el enciclopedista d'Alembert. Condorcet y André Chenier le admiraron, si bien lamentaban que se hubiese dejado dominar por «la superstición». Rousseau, más tarde, subordinando también el sentimiento al razonamiento construyó una historia de la sociedad humana conforme al modelo de naturaleza que en otro terreno había formado Pascal para su historia del alma. Chateaubriand lo imagina vestido con el ropaje de su propio romanticismo y lo admira en sus vacilaciones, en sus luchas, en ese potente «Yo creo» que aun sigue resonando. Saint-Beuve, más tarde, vió a Pascal con la misma vestidura romántica, que era verlo con los ojos de su tiempo. Sólo avanzado el siglo XIX, la crítica—Sully Prudhomme, Víctor Giraud, Edouard Droz, entre otros—restableció la figura humana y real de este hombre fuera del tiempo, como ocurre al verdadero genio.

El siglo XX ha ahondado su estudio dentro del mismo camino, encontrando en él una suerte de *modernidad* que subraya, a mi entender, la magnitud del escritor.

«Pascal—apunta Fortunat Strowski (*Pascal et son temps*)—no es ya, para el sabio y el erudito, una alma tensa y solitaria, un genio replegado en sí mismo sin deber nada sino a sí mismo. Nunca hubo hombre más alerta y más apasionado, ni con ojos más ampliamente abiertos, ni con inteligencia más comprensiva. La originalidad de Pascal no es el haberlo inventado todo solo; es haber amalgamado y combinado, con método riguroso, con don de síntesis y don de vida incomparable, lo que le venía de los cuatro ángulos del cielo».

Y así, levantando la mirada, doblando un poco la rodilla sin percibirlo, místicos y profanos, críticos, profesores y ensayistas, han ido estudiando a ese varón singular, cuya vida y cuya obra pueden caracterizarse con estas palabras: Viajó a Dios.

Santiago, octubre de 1939.